

OSADÍA

Carmen H. Torres

El sol salió temprano esa mañana con deseos travessos de acariciar pieles. Ese rito erótico y elemental era parte de su asignación divina. ¡Divina tarea!

Madrugó por los senderos para que le diera tiempo a pintar de rojo los troncos que bordeaban la carretera curvilínea. Lo hizo despacio temiendo erizarles la piel al dibujarlos. Uno a uno le impartió la textura que caprichoso quiso otorgarle.

¡Pero vaya historia! Siempre hay uno, o varios elementos de rebeldía en cualquier escenario. Uno de los troncos, macizo como la conciencia no aceptaba el rojo en sus espaldas, desde apenas rama había querido ser amarillo.

El sol, sabio y comprensivo, quiso encontrar forma para complacerlo. Lo dejó incoloro que pasara el día y esperó sin prisa a que llegara la noche. Nada más sensato que una conversación con la hermosa luna. Sabía, desde su comienzo como masa de fuego, que la luz platinada de las verdades encontraría respuesta perfecta para su encomienda: pintar de amarillo al rebelde tronco.

El día transcurrió sin mayores consecuencias, quizás algún pájaro abandonó su ruta, algún cometa niño le rozó susurrando secretos o en alguna playa, quejidos de placer estremecieron su centro. Fuera de eso comenzó a derretirse a eso de las 6:30 por el camino que decía mentiras. Casi dejando el horizonte el sol se encontró con Isis. Ella venía preciosa de luz, de esa que viene de adentro. Anticipando sus preocupaciones, Isis puso un dedo fresco en su agitada frente y le murmuró: ¡Paciencia!

—¿Paciencia? le refutó el refulgente sol. —¿Qué hago con mi tronco ansioso? --Es el único que queda para completar la hilera y queda justo a la entrada para la que fueron sembrados.

Sonrió la luna, como suele hacerlo cuando escucha música y sacó, de su saco salteado de estrellas, un hermoso manto plateado. Lo onduló como le dió la gana y danzó hasta que el prado quedó pintado de estelas. El mar fascinado lloró por unas pocas y ella coqueta le regaló siete. Durante este encuentro entre luna y astros el sol esperó muy quieto su misiva. La luna no tardó en brindar respuesta. Le pidió que observara escondido mientras ella bajaba hasta el tronco rebelde.

Descendió despacio, primero una sombra, luego un rayo y por último se desnudó frente al mar envolviéndolo en su manto estrellado. No pudiendo más de placer, el tronco le pidió que soltara ya sus ramas, le suplicó que cantara su misterio. Tronco y luna se miraron. Ella enternecida, él alucinando.

—Solo quiero ser diferente, tener el color del sol. ¿Es eso tanto pedir?—

Ella comprendió su necesidad y prometió ayudarlo.

De más está contarles que el sol, que espiaba esta conversación, esperaba deseoso la contestación de Isis. Ella llegó como siempre, decidida.

—Déjalo amarillo. Es la marca del recuerdo, el perfil de la diferencia, la esperanza del osado.—

Para qué discutir, ella siempre tuvo la razón. Se confundieron en un breve e intenso abrazo, lo suficientemente fuerte, como para que rompiera el día. Un día nuevo los sorprendió en la carretera de los árboles rojos, pero esta mañana ya no había porqué preocuparse. El sol agarró el pincel y el lienzo quedó pintado. Al final de la hilera quedó plantado un osado árbol amarillo.